



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

# Una Casa en el barrio del Carmen



Alberto Cañas

Me cuentan que a Carlos Luis  
Sáenz le gusta este relato. Es  
lo más halagador que he sabido

Marta J. Mellis

863.4

C235u Cañas Escalante, Alberto F.  
Una casa en el Barrio del Carmen. --1a ed. --  
San José : Imprenta Nacional, 2012.  
1 recurso en línea (40 p.) : pdf. ; 472 Kb.

ISBN 978-9977-58-339-6

1. Novela costarricense I. Título.

DGB/PT

12-53

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

UNA CASA EN EL BARRIO DEL CARMEN  
-ALBERTO CAÑAS-

“PREMIO AQUILEO ECHEVERRÍA DE CUENTO, 1965”

EDITORIAL DIGITAL  
[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA



UNA CASA EN EL BARRIO DEL CARMEN  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

# UNA CASA EN EL BARRIO DEL CARMEN

UNA CASA EN EL BARRIO DEL CARMEN  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## *A mi madre*

La casa estuvo situada cerca de donde San José se vuelca hacia abajo en busca del río Torres. Era más vieja de lo que parecía. Construida –en adobes y bahareques– cerca de 1880, y reparada a poco costo varias veces sin alterarle su estructura, su fachada era del gusto predominante en el año 24, pues le había sido reconstruida a raíz de los temblores. La casa era ancha y esquinera, llena de ventanas en hilera interminable, con un breve zaguán cortado en dos por un cancel de oscuras y fúnebres maderas, y un patio interior rodeado por la medianera y tres corredores, y sembrado de helechos casi gigantes y de pacayas que eran las reliquias de una época efímera, cuando tener pacayas en el patio era señal de elegancia y buen vivir.

En la sala de la casa colgaban viejos grabados de escenas romanas al gusto inglés de fin de siglo, abundaban gruesas porcelanas, jarrones de plata, viejas consolas presididas por inmensos espejos, y un piano erecto y silencioso. En los corredores que rodeaban el patio, muebles de mimbre; y en las alcobas, sillones de petatillo, imponentes cómodas de innúmeras gavetas, santos de bulto en urna, enormes litografías religiosas firmadas por desconocidos artistas alemanes, la máquina de coser New Home de Brígida, y los bizcos retratos de los antepasados, difíciles de discernir porque las espesas cortinas de borrosos damascos impedían la entrada de la luz. Tanto la cama de Brígida en su alcoba como la de Eusebio en la suya, estaban flanqueadas por biombos chinos con crisantemos bordados en seda; ambas eran de bronce, tenían en los respaldares unas esferas atornilladas que amenazaban caerse y frecuentemente se caían, y a ambas las protegían imponentes mosquiteros pendientes de aros que colgaban de gruesos ganchos de hierro incrustados en los cielos rasos de tablilla. El comedor de la casa estaba dominado por un impresionante aparador y un trinchante amplio, amenazadores en torno a la vieja mesa ovalada, cubierta en las horas de desuso por un tapete que bordaron en cadeneta las manos hábiles de Brígida quién sabe cuántos años antes, tal vez cuando reconstruyeron la fachada. Y colgaban de sus paredes dos grandes naturalezas muertas que reproducían los resultados de fantásticas y elegantes cacerías de liebres y perdices, y de algún modo pedían un fondo musical de Weber.

Era una casa silenciosa, de amplios aposentos y corredores anchos, en cuyo fondo, a donde nunca llegaban los visitantes, había un patio enzacatado para tender las sábanas de lino y los grandes y blanquísimos manteles.

El silencio de la casa lo rompía, en ocasiones, la lora; a ciertas horas preestablecidas, el rosario rezado por Brígida en compañía de una institución llamada Rosa que les cocinaba casi desde el nacimiento de Eusebio, y casi nada más; pues aunque Brígida corría por la casa con pasos menuditos todo el día, para arriba y para abajo, no hacía ruido. Y Eusebio, cuando estaba, solía hablar en voz muy baja, lo cual es señal de buena educación. Cuando los dos hermanos conversaban, era como si se comunicaran secretos; secretos históricos por lo general. Y es que casi todas las noches recordaban cómo la casa había sido importante y frecuentada, y, en los tiempos del viejo don Eusebio, centro de cuchicheos cuando no de conspiraciones políticas. La sala –intacta desde entonces– escuchó tremendas y culminantes filípicas de don José Joaquín Rodríguez en el 89, y mucho –como decía ahora Eusebio– si de ella no había salido don Rafael Yglesias al mediodía del 7 de noviembre con una decisión tomada. Porque don Eusebio Pérez Castro fue hombre, abogado y político muy principal.

–Esta casa es como la República –les dijo una vez don Ascensión Esquivel con leva a los hijos de don Eusebio–; cuídenla mucho. Como la República. En aquellos tiempos se acostumbraba a decir República. Más tarde se decía país con tilde en la a. Luego se puso de moda mencionar la democracia. Ahora hablan de desarrollo.

Pero lo que Brígida y Eusebio cuidaban, era la República.

Fresca y recién bañada en agua fría, Brígida se tapaba la cabeza con un viejo rebozo de raso negro y salía –pequeñita, rápida, imperceptible– con rumbo a la misa de seis del Carmen. Las calles estaban todavía desiertas y los breves fríos del amanecer estremecíanle brazos y cintura. Algunos pasos delante de ella, y tal vez –Brígida no lo sabía– algunos pasos detrás de ella, caminaba, con el mismo paso y la misma levedad, alguna otra de las asiduas. Por las aceras sólo discurrían los circuladores de periódicos, los panaderos y las beatas como Brígida. Y algún estudiante madrugador en vísperas de examen. Por la calle, los limpios camiones de la leche, algún autobús vacío con rumbo a su primer servicio, y los domingos uno que otro automóvil veloz, retrasado y como para persignarse. La misa era corta, como dicha con premura. Y más corta la comunión cotidiana. Luego, el breve corrillo de salutations en la puerta de la iglesia, frente a las calles que durante la misa cobraron vida. La salud de cada una, y de los parientes de cada una; los problemas del párroco, que veía empobrecerse su iglesia conforme la progresiva comercialización del barrio iba disminuyendo el número de feligreses.

–Por eso Santa Teresita está tan linda y reluciente; porque está en un sector totalmente residencial, donde hay mucha gente con plata y generosa. Pero aquí sólo van quedando tiendas y oficinas...

Y después, la marcha veloz hacia la casa, a cumplir con la obligación de despertar a Eusebio y desayunar con él, que había de estar en su trabajo a las ocho en punto.

A pesar de los años que tenía de hacerlo, todavía Brígida no se había acostumbrado a andar por la calle en ayunas. Y mientras caminaba rumiando las peticiones formuladas a los santos durante la misa, pensaba diariamente en el succulento desayuno de café (el de ella con leche y azúcar) y pan (el de Eusebio con mantequilla).

El sol de la mañana prolongaba la sombra de Brígida hacia el oeste cuando venía de regreso con la misma rapidez y la misma levedad de antes. Pero las calles estaban más animadas, ya se escuchaban ruidos y comenzaba la actividad.

El sol le molestaba los ojos cuando abría la puerta de la vieja casa y, tras doblar cuidadosamente el rebozo en su viejo armario de dos cuerpos y dar a Rosa la innecesaria orden de preparar el café, corría a despertar a Eusebio.

Sólo que Eusebio no tenía el deber de estar hoy a las ocho en la oficina. Había cumplido por fin treinta años de ser empleado de Hacienda, y se había acogido a una pensión que les permitiría a ambos seguir viviendo como de costumbre, sumada, eso sí, a lo que Pablo Alvarado le pasaba todavía mensualmente a Brígida. Porque no podían contar con el producto de unos bonos que Eusebio poseía, destinado a pagar el impuesto territorial y municipal sobre la casa que don Ascensión Esquivel bautizó con el nombre de “La República”.

Hoy no tenía que asistir Eusebio a la oficina. Era su primer día de jubilado. Pero la jubilación, según había dispuesto, no alteraría sus viejos horarios, y pronto estuvo desayunando con Brígida. Terminada la frugal ceremonia, ella se levantó y Eusebio se caló sus gafas de aro metálico para leer cuidadosamente los periódicos. Después los dobló con lento esmero y los colocó sobre la mesa; se dirigió con breves pasos al zaguán, descolgó de la percha y paraguera su viejo sombrero, se observó cuidadosamente en el espejo, abrió la puerta donde una raída placa de bronce rezaba “Eusebio Pérez Quesada”, descendió un escalón de piedra y, mientras cerraba cuidadosamente la puerta, contempló desde la acera, por un instante, el cielo mañanero. Faltaban diez minutos para las ocho. No tenía nada que hacer. Acaso, caminar errante por la ciudad disfrutando su libertad de jubilado. Pero eso no tendría objeto. Respirar el aire puro de la mañana estaría bien, pero no por mucho rato. Tomó entonces el rumbo acostumbrado hasta la víspera, pero deliberadamente disminuyó el paso usual. Hoy caminaría lentamente, muy lentamente, por las calles de su barrio.

Estaban totalmente transformadas, y no era sino hasta hoy que Eusebio lo comprendía con intención de análisis. Antes, detrás de cada puerta vivía una familia vieja y conocida. Pero vino, primero, la habilitación de aposentos con frente a la calle, aptos para pequeñas oficinas profesionales o de agencias, y los antañones cortinajes de alguna ventana fueron sustituidos por pintura blanca sobre la cual destacaban los rótulos de grandes letras negras. Más tarde, algunas residencias de fachada amplia la redujeron, y tres ventanas se convirtieron en un ancho escaparate y una puerta para local de comercio donde instalar una pequeña tienda de modas o un taller para reparación de radios. La grande y vieja casona de alguna familia importante quedó luego deshabitada (muerte de los padres, fuga de los hijos hacia los nuevos barrios) y convertida en despacho de médicos. Otra cambió completamente de aspecto cuando le remodelaron la fachada con líneas nuevas e incomprensibles de sitio comercial, dejando o no, según el caso, un estrecho acceso para los propietarios deseosos de quedarse residiendo en el interior, sacrificadas las tradicionales ventanas a las que, al fin y al cabo, nadie se había asomado por espacio de treinta años. Si no se trataba, lisa y llanamente, de la demolición total. Rótulos, rótulos y rótulos. Eusebio podía ver cuadras enteras donde ya no

vivía nadie, y casas cuyos propietarios recibían modestos alquileres, insuficientes para emprender reparaciones, en espera del momento en que financiaran por fin el pequeño edificio moderno y rentable que estaban anhelando.

Pero todavía quedaban algunas familias de la tradición, y los Pérez Quesada eran una de ellas: Brígida y Eusebio. Los dos solterones, únicos hijos sobrevivientes de don Eusebio Pérez Castro, que algún día morirían para que los sobrinos de Boston y los sobrinos de aquí recibieran la casa que los dos hermanos, por viejo convenio, se habían heredado entre ellos sin participar a la generación siguiente mientras no falleciesen ambos.

No es que los sobrinos tuvieran necesidad de la casa. Los de Boston a lo mejor ni enterados estaban de su existencia, pues difícilmente lo estaban de la de sus tíos. Mariana se casó con un gerente o cosa así de la United, y no se preocupó más de poner los pies en Costa Rica, renegada y olvidada de cuanto el país, don Eusebio o su casa pudieran significar. En cuanto a los hijos de Orfilia y de Pablo Alvarado, gozaban de los millones cafetaleros, industriales y financieros de su padre, único residuo existente –bien multiplicado por Pablo y mezclado con lo suyo– de lo que muchos años antes fue el capital razonable y proporcionado de don Eusebio Pérez Castro.

Ni los sobrinos de Boston estaban enterados de la casa, ni Pablo Alvarado y sus hijos la codiciaban; de eso estaba seguro Eusebio. Tal vez el yerno advenedizo de Pablo, el tal José Eduardo León. Pero aunque fuera inmensa la aversión de Eusebio por él, era necesario reconocer que José Eduardo no estaba pensando en la herencia eventual; al fin y al cabo, tenía también capital fuerte y propio, y su único interés en relación con la casa fue visitar a Brígida y Eusebio y proponerles que se la vendiesen o le dieran una opción sobre ella.

El día que José Eduardo León se hiciera de “La República”, la vieja construcción no duraría en pie ni medio mes y Eusebio lo sabía. Sería una nueva invasión de los intereses mercantiles sobre el reducto de tradiciones, abolengos y vida tranquila y señorial que los dos hermanos defendían aún, pasiva pero conscientemente, en el Barrio del Carmen.

Cuando Eusebio se dio cuenta, estaba subiendo escaleras con rumbo a lo que hasta ayer había sido su despacho.

En el escritorio, por tantos años suyo, se encontraba ya el sustituto. Era un jovenzuelo –pensó Eusebio aunque el sustituto evidentemente pasaba de los treinta– de mal aspecto. Cetrino, de facciones burdas, con un bigote enorme y un pelo cuidado y copiosamente alborotado como para pregonar un origen africano no perceptible por ninguna parte, pantalones de mezclilla ajustados, y una camisa deportiva que te eximía del uso de la corbata.

¡Esas eran las cosas que se sacaban con el Servicio Civil! Eusebio se comparó con el jovenzuelo, seguramente recién graduado de una escuela de comercio; contrastó el decoro de su indumentaria, la perla antigua sobre su anchurosa corbata de seda, y lo que él juzgaba la elegancia innata de sus modales y sonrisas, con la expresión cejijunta y hosca del nuevo empleado.

Eusebio no sabía como se llamaba, y no creyó imprescindible saberlo. Sería, con toda seguridad, uno de esos que responden de mala manera al público y contribuyen a desprestigiar la administración pública hablando de fútbol mientras los solicitantes aguardan.

Se acordaba de la época en que para ocupar una función de escritorio se requería tener buena educación, buenas maneras y buen trato. Él mismo fue siempre un ejemplo. Y es que Eusebio había alcanzado el puesto abandonado ayer, en virtud de ser un Pérez Quesada, un hijo de don Eusebio Pérez Castro, casi prócer. O sea, por la misma razón y filiación que en su juventud le permitieron llegar, con uniforme azul y limpias charreteras, a edecán presidencial. Ahora ni edecanes había. ¿Y cómo? ¿De dónde iban a sacar los presidentes de ahora muchachos corteses y apuestos que pudieran acompañarles discretamente a las ceremonias y brillantemente a los salones? La prueba estaba allí, en aquel lamentable sujeto sentado hoy en la silla giratoria con almohadón ya incoloro, honrada –sí, honrada– por él a lo largo de treinta años, para delicia de la administración pública y sustento suyo y de Brígida.

Venció su repugnancia y se adelantó hasta el borde de su viejo escritorio.

–Yo soy Eusebio Pérez Quesada, que desempeñó hasta ayer el puesto que usted tiene. Vengo a ponerme a sus órdenes para explicarle lo que usted necesite.

El muchacho sorprendió a Eusebio poniéndose en pie y presentándose con expresiones de gratitud. Entonces comenzó una labor de entrenamiento que se llevó la mañana. Eusebio puso a su sucesor en autos de los detalles y procedimientos, y también, conforme avanzó el tiempo, de algunas intrigas internas que era útil conocer, y de la mejor manera de tratar a cada empleado y de llevarse con todos más fácilmente.

Imagínese usted si me sabré de memoria esta oficina, que trabajé aquí treinta años.

Recorrió después algunos departamentos estrechando manos y despidiéndose, como si no lo hubiera hecho ya la víspera, y salió de allí precisamente a la hora de siempre, y con todos.

La hora de siempre era la de su imprescindible aperitivo en el viejo club. Religiosamente, y esta costumbre tenía más de los treinta años, entraba allí apenas dadas las once, y permanecía allí exactamente media hora.

De cuando en cuando –hoy por ejemplo– aparecía por allí su cuñado Pablo Alvarado, que podía tener negocio grande para tratar con alguien.

Pablo Alvarado –y Eusebio lo repetía cuantas veces tuviera ocasión de hacerlo– era un gran señor. Un gran señor muy rico, un gran señor lleno de empresas, de negocios, de cultivos, de inversiones. Había quienes sospechaban de él, quienes murmuraban, quienes protestaban empleando términos como tagarote y otros similares o peores, pero nunca en presencia de Eusebio, para quien Pablo Alvarado era la personificación de casi todas las cosas dignas de estima. Y no porque –en memoria de la difunta Orfilia– atendiera puntualmente el pago de una mensualidad para Brígida, sino porque –también en memoria de Orfilia que tan feliz fue con él, sea por Dios– consideraba que Pablo Alvarado era un caballero de esos que hoy, según parece, se dan pocos si es que se dan.

–Chebito– Pablo siempre le llamaba así–: te estaba esperando porque necesito hablar con vos.

Chebito se acercó al sillón con algo de presidencial que Pablo ocupaba.

–Es en relación con la hipoteca... Vos sabés.

Sí, Chebito sabía: la vieja casa estaba hipotecada a Pablo. Pablo les hizo un préstamo para atender a cierta reparación de techos y pisos, y a pesar de su empeño en no fijarles plazo ni pedirles garantía, Chebito no había aceptado esos favores e insistió en la garantía hipotecaria y en un plazo que ya estaba venciendo.

–Resulta que he tenido una serie de contratiempos financieros... el bajo precio del café... los nuevos impuestos... Y he andado un poco corto de dinero efectivo.

Hizo un gesto en previsión de lo que Chebito le diría, y continuó.

–No te estoy cobrando la deuda. Pero es que he tenido que traspasar la hipoteca. Provisionalmente, de seguro, porque en cuanto tenga fondos disponibles, que será pronto, la recuperaré. Pero tuve que cedérsela a Rubén Bonilla en pago de unos honorarios... Una deuda de honor, si se quiere... Y prefiero que estés entendido. Yo estoy seguro de que Rubén no va a intentar cobrarles. Es mi abogado de confianza, y yo me empeñaré en que deje las cosas como están.

–Habrá que pagarle intereses...

–De eso yo me encargo, no te preocupés. Si nunca se los he cobrado, no voy a permitir que los vayan a pagar ahora. Únicamente quería avisártelo para que estés enterado, y por si querés decirle algo a, Rubén.

–Decirle... ¿qué?

–Bueno, que estás entendido de que él es ahora el dueño de la hipoteca. Cualquier cosa. Tirémonos un trago ahora antes de almuerzo.

Pablo dio dos fuertes palmadas y ordenó al camarero los dos aperitivos. Chebito apuró el suyo en silencio, pensando que ésta era la primera vez que oía a su cuñado proclamarse corto de fondos. Siempre había vivido seguro de que Pablo disponía de millones en billetes; pero ahora las cosas andaban tan mal –bastaba leer periódicos– que no era de extrañar semejante cosa, y aun alguna peor.

Lo sorprendente era que la hipoteca estuviese en poder de Rubén Bonilla. Bonilla había hecho dinero a la sombra de Pablo y era su socio en multitud de empresas. Si Pablo era rico, su abogado también. Y si Pablo andaba corto de recursos, también lo andaría Bonilla, que no ejercía ya casi su profesión, dedicado a atender los negocios de Pablo y los negocios comunes.

En el Pennsylvania Bar, que fue del gringo Joe durante la guerra, cuando los machos abundaban en la región, Rubén Bonilla, con un gran jarro de cerveza en la mano, se preguntaba cómo demonios se le había ocurrido invitar a Walter Jiménez a visitar su finca. Y encima, invitarlo con el pretexto de que la finca podía ser un buen sitio para el “plan piloto” del Instituto Nacional de Previsión.

Pero es que hacía tiempo tenía ganas de reanudar su relación con Walter Jiménez, y el pretexto no era malo. Además, esta invitación a un viejo amigo para visitar la finca, le daba cierta categoría de hacendado a la antigua, que en el fondo Rubén deseaba: hacendado de la época en que para llegar a la región era necesario tomar un tren, y los finqueros andaban armados y vestían pantalones blancos, blancas camisas, sombrero de pita y altas botas cuando no polainas de cuero reluciente. Ahora era distinto: un automóvil –y Rubén estaba orgulloso de su Mercedes-Benz– bastaba; pero el automóvil, y el pantalón de gabardina, y la vistosa camisa deportiva, y la elegante jacket, si bien le daban categoría en el pueblo –recientemente declarado ciudad– no correspondían a la imagen lejana e infantil del finquero respetable, de voz fuerte y mandona tesitura, en que él no se había podido convertir.

Ahora, mientras esperaba, cerveza en mano, el regreso de Walter Jiménez de sus rutinarias inspecciones por la sucursal del INP, a las que decididamente no había querido acompañarle, Rubén trató de aclararse a sí mismo los verdaderos nexos que le unían a Walter.

Nexos de juventud, establecidos cuando el remoto provinciano Rubén Bonilla llegó a la capital a hacer la segunda enseñanza, y lo instalaron de pensionista en la casa de doña Trina. La ciudad era inmensa e inhóspita; los estudiantes, hostiles e incomprensibles. En la casa de doña Trina, otros provincianos: guanacastecos como él, puntarenenses, limonenses, hijos de maestros, amontonados en un afán humilde y presuroso de estudiar mucho. Fueron épocas difíciles, adolescencias solitarias, como adormiladas por un implícito sentimiento de ser ajenos, extraños, de estar apartados, segregados. En el Liceo se formaban pequeños círculos dirigentes capitaneados por los líderes deportivos, que dominaban la vida dentro y fuera del colegio, y acaparaban las sonrisas de las muchachas y la atención de los casposos profesores, y de los cuales los provincianos se sentían excluidos. Rubén no luchaba mucho contra aquello: era más fácil despreciarlo que romperlo; y desde la cumbre de su, según él, brillante inteligencia, observaba burlón la conducta estúpida y frívola de los otros. Se encerraba por las noches en la alcoba oscura improvisada para él por doña Trina –actividad desesperada de viuda con huéspedes– a alimentar la esperanza y la convicción de que un día iba a alcanzar fama de alguna especie con su pluma de cantor gentil de la pampa. Ninguno de los que veían discurrir por las calles del barrio cercano al Liceo a aquel estudiantillo sin relieve a quien le sobraban las mangas del uniforme, habría adivinado que tenía ante sus ojos una futura gloria nacional llamada a humillar a los orgullosos y displicentes josefinos dedicados al cultivo de sus bíceps y de los inocentes besos de las colegialas, que se negaban enfáticamente a fijarse en el condiscípulo flacucho y palidejo que estudiaba Educación Cívica hasta recitar la Constitución Política de memoria, y se quedaba en las aulas haciendo consultas tontas cada vez que la sirena convocaba a la gritería y mejenja de los recreos.

De esos años oscuros, recordados ahora por Rubén con malestar pero con sonrisas de conquistador, databa su relación con Walter Jiménez.

Walter era el hijo de doña Trina. Cuando Rubén hacía el bachillerato, Walter se preparaba para concluir la primaria bajo la supervisión de su madre y el consejo de Rubén, que encontraba por fin quien pusiera atención a su claro talento y enormes conocimientos. Walter, y las tres chiquillas que venían detrás. “Candidatas a la prostitución” las había proclamado en silencio Rubén Bonilla, demostrando pésimas condiciones de profeta. Pero es que pasaba a veces por momentos de desesperación en que se le antojaba ver en todo cuanto estuviera bajo la férula o en las cercanías de la pensión de doña Trina, algo condenado de antemano al fracaso y a la humillación.

¡Las tres chiquillas...! Rubén no las había perdido de vista. Habían terminado por ser hermosas y hasta afortunadas: una, bien casada con un mexicano adinerado de Los Ángeles; otra, profesora ya en la Universidad; la tercera, con buena posición de secretaria y novio con futuro. Y Walter convertido en el polémico gerente del Instituto Nacional de Previsión, cuya fundación fue tan criticada como exceso burocrático por algunos organismos de tipo económico, gremial, patronal y de presión, en una memorable serie de artículos periodísticos que redactó, sin cobrar honorarios, el licenciado don Rubén Bonilla.

Un Rubén Bonilla diferente del que Walter Jiménez casi idolatró en su infancia y temprana adolescencia, del avezado y activista estudiante de Derecho a quien Walter admiraba desde la alcoba frontera.

No era con sonrisas burlonas que Rubén recordaba sus días de universitario. El ambiente de la Escuela de Derecho le había resultado distinto al del Liceo: allí se preocupaban menos de la natación y el basketball, y un intelectual de su calibre y condiciones tenía campo donde lucirse. Fueron entonces las noches de devorar a Marx, a Bakunin y a Max Weber, de pontificar en los corredores sobre ciencias sociales, de organizar federaciones estudiantiles con ribetes políticos, y de presidirlas. Alguna vez hasta al propio Presidente de la República le llegó el rumor de que un estudiante excepcional llamado Rubén Bonilla era agitador peligroso y consumado comunista.

Mientras el Presidente expresaba su dolor ante el hecho de que la Patria perdiera otra inteligencia, Rubén Bonilla tenía ya decidido que su ídolo personal y mentor vitalicio había de ser Harold Laski, tan poco conocido aquí que le permite a uno ser de avanzada sin asustar a nadie, lo cual no deja de ser cómodo. Y todavía, en el escritorio de la finca, tenía, como suvenir digamos, un flamante retrato de Laski, ante el cual don Pablo Alvarado se rascaba la cabeza porque Rubén nunca le dijo de quién se trataba.

La verdad es que don Pablo Alvarado tuvo, en la vida de Rubén Bonilla, más trascendencia que Harold Laski, y su retrato debía presidir el escritorio de Rubén. Pero don Pablo le perdona a Rubén ciertas excentricidades.

El encuentro con don Pablo fue decisivo para Rubén. Pero más decisiva la oportuna muerte del elegante abogado de don Pablo, que había llevado a Rubén a trabajar con él tras la brillante graduación y una vez que constató superficialmente la falsedad de los rumores que le habían llegado al señor Presidente de la República. El viejo abogado sabía más de la cuenta y se burlaba de los rumores y del presidente.

Una mañana lo encontraron muerto. Y Rubén Bonilla le dijo a don Pablo Alvarado mientras ambos cargaban sobre sus hombros el ataúd:

–Yo puedo seguirle atendiendo sus asuntos, don Pablo, mientras usted encuentra otro abogado de su confianza.

El proyectil estuvo bien dirigido: revelaba modestia y deseos de servir. Y el nuevo abogado de confianza fue, desde luego, Rubén, competente, activo y listo. Que eran los requisitos para caerle en gracia a don Pablo Alvarado, cosa importantísima como es fácil suponer.

Lo más importante que don Pablo dijo a Rubén en los primeros tiempos, fue una frase que le apartó –temporalmente decía él– de sus inquietudes políticas:

–En este país no se puede hacer una carrera exclusivamente política. Con sólo la política no se llega a ser nadie. Para hacer carrera en ese campo hay que destacarse primero por otro lado los negocios o las profesiones. Un muchacho con el talento suyo puede destacarse en las dos. Después, ya veremos...

En ese preciso instante a Rubén se le iluminó el mundo: ya no sería el pálido intelectual provinciano, trajeado a precios bajos, que andaba buscando pequeñas oportunidades políticas desde un bufete. Se impondría desde arriba, como lo aconsejaba don Pablo. Y todo –con excepción del retrato de Laski– quedó archivado –temporalmente, decía él– mientras en alianza con don Pablo, que sabía de aquello y de muchas otras cosas más, se lanzaba a una carrera que él mismo se atrevió a calificar de febril.

Ahora le habían crecido los haberes y el abdomen. Era alguien, sin haberse metido todavía en política y sin haber reformado nada todavía. Profesionalmente solicitado, pasó por presidencias y secretarías de clubes de almuerzo y, aprovechándolas, viajó, haciendo contacto en cada lugar con los almorzantes semanales. Don Pablo le quería como amigo, abogado y socio, y juntos aventuraron por empresas muy bien calculadas, desde adquirir a buen precio fincas en apuros, hasta meterse en industrias exoneradas que vendían antes de montarlas, pasando por el giro habitual de comprar propiedades urbanas y especular con plusvalías.

La invitación a Walter Jiménez obligó a Rubén a quebrantar una de sus costumbres más arraigadas y succulentas: la de no visitar la finca sin buena compañía. Siempre había muchachas dispuestas a disfrutar de buena mesa, buen licor, buena cama y mediano acompañamiento, de un fino caballo y algún regalo posterior; pero Rubén no tenía ahora suficiente confianza con Walter Jiménez. A lo mejor a Walter le habría interesado una invitación, digamos, con las dos hermanas Zamora, cada una de las cuales ignoraba bobamente y se daba perfecta cuenta de las costumbres de la otra. Pero Rubén no se atrevió a invitarlas.

Walter era la voz de la casa de huéspedes, de los idealismos enfermizos con lecturas de González Prada; y ahora, la del Instituto Nacional de Previsión y el plan pilotó para educación comunal. Walter era demasiado formal y serio y la visita a la finca tenía visos de seriedad y formalidad. Ingenualmente, el Gerente del INP había pensado, para hablar del Plan Piloto, en el estudiante inquieto de antaño y no en el voluminoso socio de don Pablo Alvarado.

Tal vez la cerveza que tenía en la mano; tal vez una segunda cerveza en su casa, podrían romper el cristal que ahora les separaba. A la larga, Bonilla se veía a sí mismo en Walter; su yo perdido, el antiguo estudiante, recordado con nostalgia y con la curiosidad que provocan los desconocidos. Roto el cristal, podría renacer la vieja intimidad reverente.

Ya Walter no podría tardar mucho. Entonces, Rubén ordenó otra cerveza, alemana y bien helada.

Así, todo estaba listo cuando Walter regresó, con, esa sonrisa permanente, inmutable que a Bonilla le estorbaba y, tomando en su mano la cerveza que lo recibía, dijo:

–Muy bien pensado. Una casa así era la que me estaba haciendo falta.

Para Rubén Bonilla lo más urgente no fue en ese momento hablar del Plan Piloto sino recobrar la vieja relación vertical; penetrar en Walter, quien –al fin y al cabo y pensara Rubén lo que pensara–, no era una imagen de sus días de estudiante provinciano sino el motor en marcha de una institución pública pujante, en quien nada quedaba ya ni podía quedar después de veinte años, de las enseñanzas del estudiante guanacasteco para quien el triunfo era una combinación de agitaciones políticas, lecturas revolucionarias, adscripción a los caciques políticos, poesía de Amado Nervo y el lema “Excelsior” de Longfellow, todo mezclado, una cosa encima de la otra, todas ocupando simultáneamente todos los lugares. Bastaba contrastar lo que Rubén había soñado entonces con llegar a ser y lo que Walter era, para palpar la diferencia y plantearse la necesidad de reabrir la relación, no mediante un simple retroceso en el tiempo, sino comenzando desde la raíz.

Pero en aquel momento Rubén Bonilla comenzó a sentirse torpe, a perder la seguridad festiva y suficiente con que trataba al hijo de doña Trina. En realidad, y ahora se daba cuenta, él no estaba patrocinando a Walter Jiménez ni haciéndole favor. Walter le estaba hablando, hacía rato, de potencia a potencia.

–Debe ser interesante la labor del INP.

–Bueno, es complicada.

Y comenzó a explicar interminablemente, con un entusiasmo atroz, lo que hacía; los problemas, sobre todo de incompreensión, que confrontaba; el respaldo y la resistencia al Instituto, a su juicio claramente configurados dentro de líneas de partidismo político; sus proyectos para el futuro.

–Ahora mismo estamos pensando emprender la construcción de Hogares Maternales en la capital. Necesitamos adquirir algunas propiedades, ojalá céntricas, cercanas a los lugares de trabajo de las mujeres, principalmente tiendas, para iniciar ese programa.

Rubén le interrumpió. De repente todo cambiaba. Ahora sí sentía que había recuperado su propio ser:

–Yo creo que hay una que puede interesarles... Voy a hablar con don Pablo, y un día de estos voy a buscarte.

La relación con Walter Jiménez se le había aclarado. Allí terminó el consumo de cerveza, subieron nuevamente al Mercedes-Benz, y partieron con rumbo a la finca, a estudiar las posibilidades del Plan Piloto.

Dar con don Pablo Alvarado no era cosa fácil. Pero Rubén sabía siempre donde encontrarle, y era un privilegio que tenía. El privilegio consistía en conocer la existencia, importancia y residencia de Nelly Mena. No había hora fija para encontrar a don Pablo allí, pero entre él y Rubén se había desarrollado una especie de comunicación extrasensorial, y el licenciado Bonilla sabía intuir el momento preciso en que se podía hallar a don Pablo en la compañía tranquila y vagabunda de Nelly.

El asunto era viejo, anterior a la muerte de doña Orfilia. La viudez de don Pablo se había limitado a agudizarlo un poco y a estabilizarlo mucho; y ahora, tras tanto tiempo, la relación era confortable porque Nelly dejó de ser la hembra que fue años antes, para convertirse en una jamona de buen ver, poco apetecible, pero que si no mantenía sobre don Pablo Alvarado el hechizo dominante de sus dieciocho años, logró establecer con él una relación sin complicaciones ni sinuosidades. La de Nelly no era para don Pablo casa de orgías sino de descanso. Y a descansar se metía en ella cada vez que lo necesitaba. Sólo Rubén Bonilla está autorizado a violar ese descanso.

Allí se mezclaban el buen gusto de don Pablo y las aficiones plebeyas de su amante. Había en aquella casa un equilibrio esquizofrénico entre las figulinas de porcelana y cristal de Bohemia y de Murano aportadas por don Pablo, y los antojos detestables de que la mujer la atiborraba. Las marquesitas de Limoges alternaban –es de presumir que escandalizadas– con fotografías de galanes de cine provenientes de carátulas de revista popular; un famoso jarrón de cristal –vieja herencia de doña Orfilia– decoraba la parte superior de una refrigeradora gigantesca colocada por Nelly en mitad del hall de recibo, y la figura erecta, fina y cultivada de don Pablo, reposaba casi siempre sobre el regazo comodón y mantecoso de la que antaño fuera preocupación de paseantes y obsesión de niños bien.

La testa casi romántica de don Pablo Alvarado sobre los colorines insignes de los trajes escandalosos de Nelly Mena. Bonilla estaba acostumbrado al espectáculo. Don Pablo ni siquiera se incorporaba al verle entrar.

–¿Qué te traes entre pecho y espalda?

–Un buen negocio como siempre.

–A desembuchar, pues.

–Se trata de la propiedad de sus cuñados. Creo que se le podría colocar al Instituto de Previsión, si usted logra que ellos se la vendan antes.

–¿Cómo es eso?

Don Pablo acostumbraba a pedir detalles, más detalles, y luego más detalles. No era hombre de precipitarse. Necesitaba calcular bien, con toda la información posible en mano.

Rubén Bonilla tenía siempre esa información. En el caso concreto, los planes del Instituto y la necesidad que tenía de hacerse de propiedades céntricas.

–Hmmm –farfulló don Pablo desde el regazo de Nelly–. Lo malo es que tendríamos que engañar un poco a mis cuñados.

–Se les podría hacer una buena oferta.

–Y después, ¿donde los metemos? No hay que olvidar que luego se me pegan a mí.

A don Pablo le gustaba mortificar a Rubén, presentársele como abogado del diablo, a pesar de que había llegado a adquirir confianza plena en sus proyectos.

–Bueno, tal vez podría arreglarse, si se les consigue donde vivir, y luego –esto lo dijo en voz muy baja– subirle la pensión a Brígida... considerablemente.

Hubo un silencio que el viejo don Pablo cronometró hasta la mínima fracción de segundo antes de agregar:

–Por cierto, entre aquellas hipotecas que te traspasé, hay una sobre esa propiedad...

–¿Ya usted preveía la posibilidad de...?

–No, pero quería que saliera de mis manos con rumbo a las de alguien que si es necesario, les pase el recibo por intereses y abonos.

Hizo una pausa.

–No es que yo les vaya a cobrar; pero uno nunca sabe...

Y su fina mano de caballero de un siglo atrás acarició la barbilla regordeta de Nelly.

–El problema –continuó– sería conseguir que vendan...

Rubén conocía bien a don Pablo. Lo que don Pablo deseaba era que la fórmula, conocida ya por ambos, surgiera de los labios del abogado.

–Bueno, don Pablo, podríamos esperar a que la hipoteca se venza, que falta poco. Y como legalmente el acreedor soy yo, que no tengo ninguna obligación con ellos...

Don Pablo se incorporó lentamente hasta ponerse en pie.

–Vamos a hablar de eso con más calma... ¿Vas para la oficina? ¿Me harías el favor de llevarme en tu carro?

Don Pablo se cuidaba mucho. Nunca llegaba a casa de Nelly en su automóvil sino en un taxi. Fiel a quien sabe qué cosa, o temeroso de quien sabe qué otra, no quería su enorme automóvil negro estacionado frente a la casa de la mujer.

Despedirse de Nelly era como un rito. Rubén le estrechaba la mano. Don Pablo se la tomaba entre las suyas y se la besaba rápidamente, despojándose, para ese acto caballeresco, de los modales caballerescos que acostumbraba: el beso era cosa rápida y sin importancia. Luego, los dos salían por el angosto zaguán y Nelly les miraba alejarse. Desde la puerta, don Pablo volvía la cabeza y se despedía nuevamente con un ademán.

El negocio que Rubén Bonilla le había propuesto le atraía pero no le gustaba. Era como violar la santidad de ciertas relaciones que él siempre había respetado, no en memoria de su difunta Orfilia ya prácticamente olvidada, ni por cariño a Chebito a quien consideraba un tonto inútil o a Brígida, que no merecía respeto por haber desperdiciado su hermosura entre santos y limosnas.

Era un poco de lealtad a sí mismo y a su casta. En todo buen negocio, y él lo sabía, había un fondo de injusticia, una víctima conocida o desconocida. Y no le agradaba que lo fueran los cuñados que le quedaban, arrinconados como dos reliquias herrumbradas.

–Porque yo respeto mi nacimiento –decía siempre.

Pero la idea le cosquilleaba la imaginación: que Rubén sacara a remate “La República”, se la adjudicara, y se la vendiera por buen precio al INP. El tendría que hacerse cargo generosamente de los dos solterones y de su techo. Pero la ganancia sería buena. Era cuestión de que no hubiese postores en el remate, y de que Rubén pudiera adjudicarse a sí mismo la propiedad por los veinticinco mil colones de la hipoteca. De allí en adelante –descontada alguna comisión o propina– todo sería ganancia.

Sin embargo, no se atrevía a dar el visto bueno. Estaba seguro de que terminaría por darlo, pero no ahora. Algo le susurraba al oído que él no necesitaba ese dinero, y que lo justo sería más bien propiciarles a sus cuñados el negocio. Además, él respetaba su nacimiento. No en vano los Alvarado habían sido ricos, riquísimos, a lo largo de cinco generaciones.

Don Pablo exageraba: lo habían sido a lo largo de sólo cuatro, pero cuatro fueron suficientes para proyectarlos por toda la historia republicana. Desde don Rigoberto, iniciador de los cafetales y amigo de Carrillo, pasando por don Damián, expulsado por Mora en compañía del obispo, y por don Salustio, compañero de aventuras políticas de don Eusebio Pérez Castro en los ratos que le dejaban disponibles sus largas temporadas en París. De don Rigoberto hacia atrás poco se sabía. Pero de don Rigoberto en adelante, allí estaban incólumes los grandes cafetales en los alrededores de Heredia. Y ahora, las múltiples empresas en que andaba de por medio la mano midas de don Pablo Alvarado, bien aconsejada por el advenedizo de Rubén Bonilla.

Lo de advenedizo no lo sabía Rubén, pero don Pablo lo tenía bautizado así desde que el abogado intentó hacer la corte a aquel dolor de cabeza permanente que era su hija Inés, de la que, por lo menos una vez por semana, procuraba no acordarse.

La placa que había en la puerta de la oficina, rezaba en grandes letras “Alvarado Hermanos (el rubro venía de la época de don Damián y no se cambiaría nunca por más inexacto que llevara ochenta años de ser); Rubén Bonilla B., Abogado y Notario”.

Entraron. La secretaria saludó cortésmente a don Pablo y con mirada de temor a Rubén. Nadie había llamado; pero había tres cablegramas esperándoles dos de Nueva York y uno de Houston.

Bonilla recordaba los días en que, cuando llegaba a su oficina, en vez de tres cablegramas importantes le esperaban cuatro campesinos sin importancia, cada uno con su problema o su escritura pendientes. Pero eso pertenecía al pasado; ya los clientes rurales no le ensuciaban las alfombras. A don Pablo sí, porque venían todavía a hablarle de liquidaciones de café y a arreglar adelantos, y a don Pablo no le importaba –más bien parecía agradecerle– el recibirlos, y se quedaba largos ratos conversando con ellos y preguntándoles por la mujer y por la vaca.

Mientras don Pablo se enteraba del contenido de los cablegramas, Rubén pidió a la secretaria que le localizara a Walter Jiménez en el teléfono. Estaría en su oficina, él lo había dejado allí no hacía una hora.

Walter Jiménez necesitaba, por supuesto, conocer previamente la propiedad. Y cuando Rubén le mencionó a los dueños, el nombre de Brígida Pérez Quesada despertó en él un vago y viejo recuerdo de visitas de niñez en compañía de su madre, a la casa que ahora le ofrecían en venta.

De cuando en cuando, con periodicidad que él no podía fijar ahora exactamente, doña Trina endomingaba a sus hijos y los llevaba a visitar a Brígida. Walter y sus hermanas sólo sabían que se trataba de una señora muy distinguida, que había sido compañera de su madre en el Colegio Superior de Señoritas y mantenía con ella una amistad lejana y cordialísima.

Brígida los recibía con cierta condescendencia compasiva, obsequiaba rosquetes a los niños, y las dos mujeres se sentaban por largas y largas horas a hacer reminiscencias colegiales puntuadas por carcajadas robustas.

La muerte de doña Trina suspendió las relaciones. Brígida visitó a los Jiménez la noche del fallecimiento, luego desapareció de sus vidas y cada uno tomó su rumbo.

Por lo menos, los Jiménez tomaron el suyo. Brígida se quedó donde estaba, porque no podía arrumbar hacia ninguna parte; su vida estaba detenida en “La República”, en el Barrio del Carmen, entre rosarios y misas de seis.

Pero el hijo de doña Trina había parado en persona importante. La vieja maestra pensionada había logrado educarlos a todos; y Walter, que era despierto, y, que cincuenta años atrás habría estudiado Derecho, y veinticinco Medicina, estudió Ciencias Económicas, Administración Pública y otras materias similares, de esas que nunca se mencionaron tras los cortinajes de damasco de los Pérez

Quesada. Un sueldo de contabilista le ayudó a pagar sus estudios, y en compañía de un enjambre de muchachos de parecido origen: los hijos de las maestras, los empleados bancarios de modesta categoría, los provincianos con visión y ambiciones, logró graduarse con honores. Desde muy joven tuvo aficiones políticas y, reciente bachiller, participó en la Revolución del 48, que fue como la lumbre de una generación y la apertura de un rumbo, como una encrucijada abierta, una oportunidad escondida y un dedo que el destino posó sobre los hombros de Walter Jiménez. Su experiencia de guerrillero le trajo contactos políticos y estímulos. Y tras el desempeño –muy eficaz eso sí– de posiciones públicas de creciente importancia, la fundación del Instituto Nacional de Previsión le dio su oportunidad.

No se puso en duda: el joven economista, más que tener méritos para ello, era el llamado a regentarlo. La ley de gravedad y no los arreglos políticos, determinó que Walter Jiménez, soltero, sobrepasados apenas los 30 años pero con un prestigio desmedido, inaugurara la institución y allí estuviera todavía sin perspectivas de cambio.

Cuando lanzaba recuerdos hacia su propia vida, Walter se sentía engrandecido y miraba al mundo con desprecio, porque él se había adueñado del mundo. Atrás, muy atrás, quedaron los días de sacrificio y escasez cuando vivían en su casa los pensionistas provincianos; las salidas, casi clandestinas, a colocar entre las familias amigas las sencillas golosinas que confeccionaba la madre; el dolor de los pantalones remendados y del único par de zapatos; las noches de búsqueda, por entre amigos y bibliotecas, de los libros de texto que simplemente no podía comprar; y la novia –frívola, es cierto– que se aburrió de ver los dineros que buenamente se podían gastar en convidarla, destinados a los trajes que las hermanas de Walter necesitaban para presentarse decorosamente en sus trabajos. Todo eso era historia antigua. Aún más, historia olvidada. Y raras eran las ocasiones en que Walter Jiménez se lo traía a sí mismo a colación. Ahora, él se sentía, ante todo, representante de una generación vigorosa y de una clase social ascendente. Alguna vez, en parranda de amigos, pisando orgulloso los terrazos de un club de campanillas, se había erguido para proclamar a gritos: “Yo soy la clase media”. Y la clase media llamó una tarde a la puerta –por muchos años no tocada– de aquella vieja casa de adobes y bahareque que doña Trina –ella también denominaba “La República”.

Brígida acudió rápida y leve a la sala para atender al desconocido visitante que se puso en pie cuando ella entró, para decirle:

–Usted no se acuerda de mí, doña Brígida. Yo soy Walter Jiménez.

Brígida sonrió al ver a aquel hombre sonrosado, de espesos bigotes y elegante traje, que se adelantaba hacia ella.

–¡Muchacho! ¡Qué grande que estás!

Walter observaba las pesadas cortinas, las imponentes consolas, el dorado reloj cubierto por la bomba de cristal, con la curiosidad de quien revive momentos que creía olvidados para siempre. Y se volvía a apoderar de él la reverencia temerosa que le invadía de pálido. Se sintió, por un

instante, trajeado de azul, con lazo blanco en la manga y candela en mano, entregándole a doña Brígida, en medio de las beatíficas sonrisas de su madre, la estampita que conmemoraba el efímero acontecimiento de su primera comunión.

–Mirá, muchacho, yo no sé nada de ese asunto de que me hablás.

Eso hay que conversarlo con Eusebio mi hermano, que es el que se ocupa de los negocios. Pero yo no sé que Eusebio esté pensando vender. Lástima que ahora no está... Si hubieras venido después de las 6... Pero en todo caso, vení para enseñarte la casa porque ya no te debés acordar cómo era.

No había necesidad. Walter la conocía. De pronto se le había abierto toda en un regreso de su infancia, de doña Trina y de sus tres hermanas con grandes lazos de tafetán atados al pelo: el patio de las pacayas, la cocina presidida por Rosa, el patio de la lora, la lora misma. Él sabía como era todo. Sabía también el tamaño que tenía (tal vez el recuerdo la agrandaba un poco).

–Antes de irme dígame una cosa, doña Brígida: ¿Usted conoce a don Rubén Bonilla?

–Pues... el nombre me suena, pero... no. La verdad es que no.

Cuando Walter Jiménez salió de la casa de los Pérez Quesada, habría querido hacerlo con una decisión tomada, pero no sabía cuál podía ser esa decisión. Lo único que sabía era que tendría que tomarla en cuanto entendiera lo que estaba sucediendo.

En cambio Eusebio afirmó al momento que lo entendía. Eran cosas de José Eduardo León. Sólo que Eusebio estaba convencido de que José Eduardo León lo que pretendía era construir en “La República” una estación de gasolina, y no vendérsela a una institución del Gobierno. Pero posiblemente habría cambiado de idea.

–¿No te acordás? –le dijo a Brígida–. Hace unos días vino José Eduardo a pedirme una opción.

–Sí, sí, ya me acuerdo.

–Pero el hijo de Trina no me habló de José Eduardo; estoy segura.

–Bueno, pues José Eduardo es el que tiene la opción. Pero yo estaba seguro de que para lo que quería la propiedad era para construir aquí una bomba.

–Mañana voy a hablar con él.

Y en realidad, José Eduardo León andaba con la opción en el bolsillo, tratando de colocar la propiedad de los hermanos Pérez Quesada para la construcción de una gasolinera.

Hay que convenir en que, por formación espiritual, una gasolinera era lo único que se le podía ocurrir a José Eduardo León; y en la búsqueda de ese negocio había visitado –sin éxito– tres compañías petroleras de las grandes.

–Es una propiedad muy grande, con más de dos mil varas cuadradas, esquinera, en el Barrio del Carmen, ideal...

Pero las compañías no parecían interesadas en que José Eduardo León hiciera su negocio.

Ahora, mírenlo, lo tenemos en la lujosa casa que le ha construido a su esposa en la zona oriental de la ciudad. Porque José Eduardo tiene dinero.

Le faltarán otras cosas pero dinero no le falta. Y esposa, menos. La esposa de José Eduardo es Inés. Inés es la hija menor de Pablo Alvarado y la difunta Orfilia. José Eduardo es el tercer marido de Inesita.

Tercero o cuarto le habría dado lo mismo. La mujer le gustó, le perturbó con su figura esbelta, más bien flaca, sus carcajadas estruendosas, su prestigio femenino y su nombre (renombre más bien). Una mujer como ésa era lo que él necesitaba, e Inés Alvarado se le puso al alcance de la mano.

Ahora, mientras la contempla, se solaza con tenerla todavía al alcance de la mano. Es su esposa y es su amante. Más amante que esposa. Aun en momentos como éste, en que la tiene cerca y todo está en paz, puede cerrar los ojos e imaginar una escena violenta de amor con ella.

Pero no los ha cerrado esta noche. Desde el sillón hondo y moderno donde fuma, ha dirigido sus palabras hacia el sillón hondo y moderno donde ella está embebida con la televisión.

–Yo creo que por fin voy a hacer el negocio de la casa de tus tíos. Una nueva compañía petrolera se está instalando, y ya tengo los contactos...

Ella está más interesada en los crímenes que se cometen en la mínima pantalla. Pero José Eduardo insiste:

–Si hago el negocio, volveremos a Europa.

El año pasado fueron. Aquélla fue una gira de cabarets, como si ambos se ganasen la vida contratando artistas de variedades y hubieran emprendido un viaje de inspección. Cabarets y champaña. José Eduardo compró relojes suizos. Inés compró alhajas.

A don Pablo Alvarado no le habrían podido convencer, en circunstancias normales, de que accediera al matrimonio de su Inesita con José Eduardo, pero las circunstancias habían dejado tiempo atrás de ser normales.

Iban a la par: los problemas de Pablito y los problemas de Inesita. Contra la opinión de Brígida – que en todo caso nadie solicitó– don Pablo había decidido enviarlos a estudiar afuera. Pablito, unos brevísimos cursos de comercio que compensaran la ausencia de bachillerato; Inés –tras las monjas aquí– unos dos años de colegio femenino y abundante guardarropa.

Lo grave, don Pablo lo reconocía, era la falta de la madre. La prueba es que la hija mayor había salido distinta, y por eso era con ella que vivía, y muy tranquilo. A Hilda sí la pudo criar Orfilia a su manera, a la manera de los Pérez Quesada, y Hilda tenía tiempo para desvelarse por su padre y por su marido el médico, hasta organizar un perfecto hogar para los tres; tan perfecto, que don Pablo había terminado por visitar a Nelly Mena sólo durante el día.

Pero Pablito y la tal Inés habían sido otra cosa. Cuando regresaron de lo que ellos llamaban estudiar, convirtieron la casa del viejo en un centro de fiesta continua, sesiones de naipe y derroche de dinero. Pablito, es cierto, había aceptado ayudar a su padre, pero sin alejarse mucho de San José: sólo en asuntos que pudieran atenderse desde la oficina de Alvarado Hermanos. Inesita, lo único que había aceptado era dedicarse a lucir su esbeltez y sus millones.

Y de repente, dos bodas rumbosísimas: Pablito se casaba con una muchacha que parecía la segunda edición de su hermana; Inesita, con otro niño de las costumbres y aspiraciones de Pablito.

Un año después, el único hijo varón de don Pablo Alvarado regresaba al hogar paterno, bien provisto de una sentencia judicial que le ordenaba pagar pensión alimenticia a su ex-esposa e hijo recién nacido. Y no habían transcurrido cuatro meses más, cuando Inesita hizo lo propio, sólo que, con gran elegancia espiritual, había renunciado a la pensión que pudiera corresponderle; y no traía hijo.

Fue entonces cuando don Pablo pronunció en el club una frase memorable.

–Durante cinco generaciones, mi familia ha producido café. Ahora produce divorcios.

Los dos divorciados se dedicaron a dar escándalo. Pablito divorciado era más ameno que Pablito soltero; sus automóviles corrían más, y sus caballos menos. Pero no se podía contar con él por las mañanas ni los lunes. Finalmente volvió a casarse. “Yo no sé ni con quién”, dijo don Pablo, pero sí con alguna dispuesta a cuidarle con esmero un alcoholismo progresivo.

Inesita reincidió con un diplomático sudamericano a quien don Pablo le encontró aspecto de aventurero, y resultó serlo; ese matrimonio tampoco duró más de dos años. Y como ya la niña tenía treinta, no había manera de influir sobre ella.

Fue por esos días que Rubén Bonilla se enamoró, o creyó o dijo que se había enamorado de Inesita; quiso hacerle la corte, don Pablo le calificó –donde no le oyera– de advenedizo, e Inés se rió a carcajadas de sus pretensiones.

Don Pablo no ignoraba (¿cómo?) las aventuras y escapatorias de su hija menor, pero nada podía hacer él y nada podía hacer Hilda.

En una de éstas, amaneció Inés un domingo en cualquier playa entre los brazos de José Eduardo León, y jurando por todas las cosas en que ella creía, que ese hombre sería permanentemente suyo.

La historia del amanecer tropical con letra de bolero tardó menos de veinticuatro horas en recorrer todos los tés de beneficencia y todos los salones de belleza. Así, don Pablo se sintió obligado a aceptar la generosa oferta que José Eduardo León le hizo de reparar el daño –si daño había a esas alturas– y José Eduardo se escapó de que Pablo le llamara advenedizo; pero no de que se lo llamaran Eusebio y Brígida.

También José Eduardo se había prometido, en la madrugada dominical y arenosa, que aquella mujer sería permanentemente suya. Bueno, la noche, la luna, el mar, las palmeras y los demás tópicos de canción popular, habían presenciado y procurado, en esa ocasión, el encuentro y perfecto acoplamiento de dos lujurias nacidas para unirse: una refinada y exquisita, la otra elemental y casi feroz.

Cuando Inés Alvarado, divorciada de su segundo marido, salió aquel sábado a mediodía con dos parejas amigas, rumbo a un *weekend* playero, no sospechaba que allí pudiera suceder nada importante. Pero es lo que ocurre y todo el mundo lo sabe: esos lugares son concurridísimos. Los cinco excursionistas se metieron llenos de curiosidad a un bailongo popular con rockola estrepitosa; el consumo de licor ascendió como el mercurio en los infiernos; las dos parejas se pusieron a bailar porque el ambiente se los imponía, y de pronto se plantó ante la mesa un hombre hermoso y fornido, musculoso y vertical, de pantalón de mezclilla y mangas arrolladas, e invitó a bailar a la solitaria. Se había desprendido de una bronca compañía de individuos que hacían estruendo y soltaban extraños gritos, e Inés se sintió hechizada por los negros ojos, los negros cabellos y la negra expresión de dominio de José Eduardo León, que manejaba un camión por cuenta de un contrato de Obras Públicas.

Manejaba un camión, porque su vida ha sido una obsesión automotora desde los tiempos en que, sentado a la puerta de la pequeña y coqueta casa de pisos de tierra en la cabecera del cantón, veía absorto pasar los autobuses llenos de canastas, alforjas, bolsas de manigueta, jabas de gallinas y pasajeros rurales que cargaban huevos y cuechas.

Se hizo amigo de los choferes y de los cobradores. Se hizo amigo de los encargados de la gasolinera vecina, y a los catorce años, en vez de coger café en las haciendas cercanas, hacía pinitos de mecánico.

Era despierto el muchacho, conversador, preguntón y amigo de aprender cosas. Y no tardó mucho en saberse de memoria los secretos esotéricos de los motores de explosión.

La historia de José Eduardo León habrá de contarse alguna vez con mucha calma y filustría. Como la casa en que vivían sus padres –pisos de tierra y todo era “casa propia”, en cuanto ellos murieron y le dejaron de hijo único –no por esterilidad sino por mortalidad infantil– se apresuró a venderla y a comprar un autobús de segunda mano. Así comenzó su carrera: como propietario y piloto de un autobús pintado de todos los colores, lleno de reflectores y de luces, y en cuyos costados rezaba una leyenda: “En la esquina te espero”. Después compró dos más al crédito, y se hizo experto en traficar con líneas y concesiones, hasta que por fin vendió la empresa, para entonces floreciente, y se trasladó a la capital.

No quería más quebraderos de cabeza con el bendito negocio de los transportes, pero no se podía apartar de los motores de explosión ni de los vehículos automotores. Entonces instaló una gasolinera en sitio estratégico, porque él siempre estaba estratégicamente situado, cerca de una de las salidas de la ciudad. Desde allí se dedicó a enamorar empleadas domésticas, y luego dependientas de comercio; la categoría de su harén siguió mejorando conforme mejoraron –que siempre mejoraban– sus finanzas y las posibilidades de hacer regalos más costosos.

Él mismo se confesaba a veces que no sabía de donde le venía tanta suerte; le venía, se sabe, de un talento innato para hacer combinaciones afortunadas. En una de ellas se hizo de un camión; cuando el camión se convirtió en una flotilla, vendió el negocio de gasolina y asumió otra vez el del transporte, pero esta vez para transportar sólo carga, dándose el sonoro título de gerente. Obtuvo contratos de gobierno para acarrear piedra, cascajo y arena, y un sábado, que andaba cumpliendo uno de ellos personalmente, porque le agradaba vigilar lo que hacían sus empleados mediante el arbitrio de andar junto a ellos, fijó su mirada en una mujer rubia e insinuante que estaba solitaria en una mesa y se llamaba Inés Alvarado, y la invitó a bailar.

José Eduardo la conocía. Era imposible no conocer aquel rostro que aparecía impreso en los periódicos todas las semanas en calidad de asistente a fiestas y recepciones de canciller y nuncio. Y conocía también el renombre de don Pablo Alvarado y de su capital inconmensurable.

Lo importante ahora no es la intención o las innumerables intenciones con que José Eduardo León buscó a Inés, sino la perfecta satisfacción y perfecta estabilidad que han encontrado. Se acabaron las aventuras de Inés y se terminó el harén de José Eduardo. El genio de la promiscuidad desapareció del feliz hogar, y no se atrevió a rondar la residencia costosísima que José Eduardo construyó más tarde para esplendor de su esposa, despliegue de su éxito y refugio de su reluciente y satisfactoria monogamia.

—Sí. Volveremos a Europa, iremos al Japón. Todo depende de que esta nueva compañía acepte el negocio.

—Y yo creo que lo va a aceptar.

—¿Y cuánto vas a ganarte en el asunto?

—No lo he calculado.

Es cierto. Ha llegado un momento en que a José Eduardo, el monto de la ganancia le resulta secundario. Por algún motivo, lo que tiene es una obsesión con la casa de los viejos Pérez Quesada. En el fondo de su corazón, hay momentos en que siente que mancilló a la presuntuosa familia de Inés cuando se casó con ella, y siente un impulso irresistible y casi inconsciente de mancillar también la casa de origen, de demolerla, de convertirla en algo que el prócer —dicen— don Eusebio Pérez Castro no hubiera podido imaginar nunca: una gasolinera ha dicho; si no, un gran taller de reparaciones. Quizás una estupenda parada de autobuses; algo que huelga a diesel, a sudores añejos, a cáscara de naranja, a gasolina derramada, a maní garapiñado, a vendedor ambulante de cancioneros.

Hemos dedicado tiempo y espacio abundantes a presentar a los personajes de esta historia verídica cuanto edificante, moral y con mensaje. La historia en sí es breve y requerirá menos esfuerzo. Porque las cosas que sucedieron fueron rápidas y pocas.

La primera de ellas fue la visita que el licenciado Rubén Bonilla hizo al gerente del Instituto Nacional de Previsión, durante la cual lo más que Walter Jiménez pudo prometer al abogado fue que llevaría el asunto a conocimiento de la junta directiva.

–Nada ganaríamos –respondió Bonilla–, porque la propiedad todavía no es mía. Pero lo va a ser. Lo que yo necesito es que me digás si ustedes ven con buenos ojos la posibilidad de hacer el negocio; si el Instituto está interesado. En tal caso, yo podría tener lista la propiedad para entregarla en enero.

–Pero ya no puedo prometer nada. No hay una oferta en firme de tu parte. Me estás ofreciendo una propiedad que no es tuya. ¿Cómo vamos a tomar la resolución de comprártela? Yo podría llevar, como te lo dije, el asunto a directiva, para que la directiva diga si está interesada o no en tratar con vos.

–Está bien. Pero tenés que comprender que un negocio de este tamaño no puede salir de estas cuatro paredes mientras no se amarre bien. La directiva son siete, y se puede filtrar el asunto y echarse todo a perder.

–¿Y qué puedo hacer yo?

–Interesarte en que el negocio se haga, convencer a la directiva de que la propiedad conviene ¿no es así?

–Claro que sí. Yo la fui a ver. Es exactamente lo que andamos buscando.

–En eso estamos de acuerdo. Pero...

–¿Pero qué, entonces?

–Que yo no creo que sea posible tratar desde ahora con vos, que no sos el dueño de la propiedad. Sería como tratar en el vacío. En ese caso, habría que tratar con los dueños.

–Los dueños no venden.

–Entonces no sé qué se podría hacer.

–Es muy sencillo; y como entre nosotros hay confianza absoluta, te lo voy a decir: yo tengo primera hipoteca sobre esa propiedad.

–¿Por cuánto?

–Por veinticinco mil pesos, que no es nada. La hipoteca está vencida. Yo puedo sacarla a remate y adjudicármela...

–La puede sacar otro en el remate.

–Ya verás que me la adjudico yo. Y en cuanto la tenga, que puede ser en enero, hacemos el trato.

–Entonces, hablemos en enero. Antes no veo cómo.

–Me estás pidiendo que me corra un chance.

–Yo no te puedo ayudar más allá de decirte que la propiedad nos interesa; y que en el momento en que decidamos adquirirla, trataremos con el dueño, sea quien sea.

–¿Me la juego entonces?

–No veo que sea mucho el riesgo. Si el negocio con nosotros no se realiza, siempre te quedará una buena propiedad, libre y por poco precio.

–¿Me la juego entonces?

–Eso es cosa tuya.

Rubén esperaba otra cosa. No sabía por qué, pero esperaba otra cosa. Mas con este Waltercito no se podía tratar. Lo que él necesitaba era una promesa formal, ojalá escrita, y, tal vez, que Walter entendiera que en el asunto podía haber un porcentaje para él, que habría sido lógico, y que tanto Rubén como don Pablo estarían dispuestos a considerar muy favorablemente. Pero ciertas instituciones nos habían caído en manos de niños ensoberbecidos que no entendían cosa de negocios, ni querían escuchar ofertas, ni conocían la realidad de las operaciones, ni estaban interesados en que la gente ganara dinero, y se creían redentores o mesías de cuantía mínima sin otro escudo que su invulnerabilidad y su alergia a la vida de los negocios. Claro: si aceptaban un puesto público era, naturalmente, porque fracasaban en la calle, porque no tenían vocación para la actividad libre ni talento para ganarse la plata como hombres. Y como eran tontos, el país estaba como estaba.

Sin embargo, Walter había sido claro: existía interés. Interés en la propiedad, no en que Rubén Bonilla hiciera su combinación. Lo que procedía entonces era actuar rápidamente, ejecutar a golpe de tambor la hipoteca de los Pérez Quesada, antes de que el imbécil de Walter Jiménez se adelantara a hacerles a los viejos una oferta sustanciosa, una oferta, digamos de medio millón.

Porque medio millón era lo que calculaba don Pablo Alvarado que se podía cobrar por “La República”.

A la compañía petrolera recién establecida le interesó lo que José Eduardo León propuso, o sea comprarle la propiedad o, en su defecto, financiarle a él la construcción de una gasolinera en la esquina de los Pérez Quesada. (A lo mejor estaba ya con nostalgia de gasolineras). La opción firmada por Eusebio por ciento setenta y cinco mil colones (con cualquier exceso sobre esa suma convertido en comisión para José Eduardo), convenció a los superintendentes de la compañía de que el empresario camionero hablaba en serio. Y entonces comenzó la interminable serie de estudios de registro, informes de abogados y de auditores (internos y externos), consultas a Nueva York, intervenciones de firmas de relaciones públicas y detalles sobre mercados, en conjunto unas setecientas u ochocientas cuartillas mecanografiadas a doble espacio, que se puede jurar ningún gerente, superintendente o miembro de departamento legal (tal vez, sí, un estudiante de derecho muy minucioso) fue capaz de leer en su totalidad.

Un señor delgado, de traje gris, vino expresamente desde Nueva York a estudiar el asunto, y gastó alrededor de dos mil dólares entre pasajes de avión, cuentas de hotel y llamadas telefónicas de larga distancia. Los abogados locales de la compañía no llegaron a almorzar a sus casas durante toda la permanencia en la ciudad de su colega norteamericano, cuyos proyectos de contrato se hacían cada día más largos, prolijos y enmarañados. José Eduardo se impacientaba, pero en vano. Inés tuvo que preparar un buffet –con estilo de Alvarados y rumbosidad de José Eduardos– en honor del misterioso personaje, del gerente, del jefe de relaciones públicas, del vicepresidente ejecutivo encargado de “apropiaciones y prioridades”, y de los abogados locales con sus gordas y mortecinas esposas. Y lo peor era que nadie decidía nada: cada detalle era objeto de conferencia radiotelefónica. Eran vanos los esfuerzos de José Eduardo por lograr el paso para él más obvio e indispensable: que Mr. Burton se diera una vuelta con él y viera el frente que a calle y avenida tenía la casa de los Pérez Quesada. Una tarde, Mr. Burton dijo vigorosamente, con un puño sobre el cristal del escritorio del gerente local, que no tenía el menor interés en conocer la propiedad; puesto que eso no estaba a cargo de su departamento, sino del de proveeduría.

Hasta que un mediodía, cuando todos estaban ya en mangas de camisa, y en el despacho del gerente local había catorce sillas bien ocupadas y unas dos resmas de papel bond, papel de copia tamaño oficio y papel carbón, Mr. Burton colgó el teléfono (el abogado de José Eduardo León había afirmado que lo iba a gastar) y dijo:

–Nueva York está de acuerdo.

José Eduardo no pudo evitar que le saliera a relucir su olvidada cabecera de cantón, y con un tono de no saber de qué se trataba, le dijo a Burton:

–Y usted, señor, ¿está de acuerdo?

La mirada con que el gerente local de la compañía acribilló al insolente dueño de camiones habría sido capaz de desbaratar la negociación. Pero Mr. Burton no entendió, o es que era dueño de una paciencia infinita. Porque se limitó a decir secamente, y hablando por primera vez en español comprensible:

–Yo también, señor León; naturalmente.

José Eduardo León sabía donde encontrar a Eusebio Pérez Quesada para darle la noticia. No porque quisiera llevar una buena nueva al tío de Inés, sino porque quería afirmarse ante él –representante de una odiosa majadería de cien años– como un hombre de acción capaz de llevar cosas a cabo; como el instrumento necesario para que las dos “albóndigas”, como él les llamaba, se hicieran de un poco de dinero, salieran de aquella casa oscura y enfermiza, se pusieran a tono con los nuevos tiempos y, si lo querían, viviesen mejor.

En ese momento, a Eusebio Pérez Quesada lo encontraría en el club, como todos los días. Ahora, Chebito se pasaba allí las mañanas enteras leyendo revistas. Ya no era cosa de llegar a las once para tomar un aperitivo en compañía de Pablo. Ahora Eusebio había modificado un poco sus hábitos, y, convencido de que nada iba a hacer de visitante en su viejo local de trabajo del ministerio donde más bien estorbaba, omitía esa estación en su ruta matinal y caía directamente en el salón del club.

José Eduardo recordaba ahora con risas, la primera vez que penetró en aquel recinto que antaño se le había antojado inalcanzable. Y lo que mejor recordaba era la facilidad con que lo consiguió. Ahora estaba convencido de que aquél no era un círculo cerrado, imposible de romper para los no elegidos por la tradición, sino un sitio donde bastaba una buena conexión de negocios para lograr el acceso. Los caballeros que lo dirigían, ofrendaban esa accesibilidad como prenda de su espíritu democrático.

A Eusebio sí le molestaba, aunque no le sorprendía, el ver por allí, “vestido en traje de chofer”, a su sobrino político. Y si José Eduardo había entrado en la familia, había que acostumbrarse a que entrara también en el club. Porque a Eusebio no se le habría podido convencer jamás con ninguna clase de argumentos, de que no había sido su matrimonio el que le había permitido a José Eduardo León penetrar lo que para Chebito sí era, indiscutiblemente, un círculo sagrado.

–Don Eusebio, le traigo una buena noticia. ¡El negocio se hizo!

Eusebio levantó los ojos con una expresión que José Eduardo no le conocía: una expresión de tristeza profunda, de animal sitiado.

–No, amigo, el negocio no se hizo. Mire esto.

Y entregó a José Eduardo un papel que tenía, muy arrugado, en su mano. José Eduardo comenzó a leerlo: “Cédula... A Eusebio y Brígida Pérez Quesada... que en Juicio Ejecutivo Hipotecario promovido por Rubén Bonilla Balmaceda contra ellos, se ha dictado la resolución que dice... decretese embargo sobre la finca número 21838 del Partido de San José ...”

–Ya ve usted, amigo, el negocio no se puede hacer... Nos quitan la casa. Precisamente estaba aquí esperando a Pablo para hablarle del asunto. Porque la deuda que nos cobran judicialmente es con Pablo, no con el licenciado Bonilla.

José Eduardo titubeó un momento antes de decir:

–Pero... ¿No sabía usted que don Pablo...?

–¿Qué? ¿Es que a Pablo le ha pasado algo?

–No, no se trata de eso. Es que se ha ido.

En el fondo, a don Pablo Alvarado le seguía preocupando el plan de Rubén. Ahora se sentía, como antes, solidario con los olvidados hermanos Pérez Quesada, y volvió a perturbarle la memoria de Orfilia, lo mismo que el famoso respeto a su nacimiento.

Lo que Bonilla ideaba, ejecutar la hipoteca a rajatabla, era una infamia; don Pablo lo sabía.

En otro tiempo, no habría accedido de ninguna manera. Ahora guardaba silencio, sin acceder expresamente, pero por su cerebro desfilaban escrúpulos elementales. Ahora comprendía la transformación que se había venido operando en su espíritu. Era como una protesta. Lejanos estaban los tiempos en que los Alvarados eran los Alvarados, con una cohorte de prerrogativas y derechos que obligaban, como antaño la nobleza. Tiempos en que los Alvarados, y otros como ellos, representaban no un poder sino, claramente, el poder. Sus pensamientos eran ley social y ley política. Ellos manejaban las cosas a su manera, a su señorial manera. Y la manera señorial de manejarlas era hacer el bien, fabricar gratitudes.

Ese poder había desaparecido paulatinamente y don Pablo Alvarado sabía que era así. Aún más, lo aceptaba sin reticencias, con frases como “el mundo evoluciona”, “el país crece”, “la época lo exige”.

Entonces, y lo estaba comprendiendo con claridad tal como si lo leyera, se produjo en él ese fenómeno espiritual común a los que pierden poder social y poder político: se aferró al poder económico, único que le dejaban; veía un materialismo cerrado en cuanto le rodeaba: la sociedad en que él creció, en que vivía aún, se abría, se modificaba, hacía concesiones, cedía reductos y trincheras, pero se aferraba; no podía abdicar del todo, no podía renunciar a todo. Tampoco podía darse lujos. Y en estos tiempos, desdeñar la linda ocasión que Rubén Bonilla había ideado, sería un lujo. La nueva sociedad no había comprendido el señorío y la elegante nobleza de los Pablos Alvarado, que podían ser módicamente ricos y discretamente poderosos. Ya no gobernaban el país ni desde las fortificaciones del poder público ni desde el prestigio del poder social, pero les dejaron abierta la oportunidad de acrecentar su poder económico. Algunos la aprovechaban en un afán de que les sirviera para recuperar los otros poderes; Pablo la había llegado a comprender como un fin en sí misma, y se entregaba a ella con la fruición de un judío de los días de persecución.

Pero estaba “el respeto a su nacimiento”; y estaba la figura patética de los dos inútiles, de los dos anacrónicos hermanos Pérez Quesada. Ya se había prometido a sí mismo velar por ellos, ver que nada les faltase, ejercer con ellos el patrocinio noble y gentil que ya no era posible aplicar a la comunidad toda. Y su conciencia se sentía tranquila por ese lado.

¿Y los recuerdos? ¿Y los afectos? La vieja casona, “La República”, era toda una historia. Aquel inopinado regreso de don Salustio Alvarado con su hijo, tras años de París, y la primera visita al ya anciano don Eusebio Pérez Castro, compañero de correrías políticas y de furtivas aventuras amorosas por sobre las tapias encaladas del San José finisecular. La figura delicada y lánguida de Orfilia Pérez frente al piano, en las calladas noches de visita y chocolate, tocando, con dudas, dulzonas mazurcas de restaurante y arreglos de melosa música operática. Y el hechizo que la ingenua niña de la ciudad pequeña comenzó a ejercer sobre el veinteañero de recortada barba que se sentía portador ante ella de un mensaje aparentemente enfermizo, traído de la urbe que estallaba fulgurante en una posguerra de tangos y pintura cubista.

Luego, casi simultáneos, los tres acontecimientos: la muerte de los dos viejos –gripe española– y el matrimonio; y el momento solemne en que la modesta herencia de Orfilia y la cuantiosa de Pablo se unieron, para que él tuviera que renunciar por unos años al naciente esplendor de su ciudad natal, y trasladarse en cuerpo y alma a la casa campestre, a enfrentar personalmente la pelea que hasta entonces habían dado por don Salustio los íntegros robles de sus administradores bien pagados, a quienes ya procedía pensionar porque no daban más.

Los nacimientos de los hijos, precedidos de apresurados viajes a la ciudad, y ocurridos los tres en “La República”, paradero de los esposos Alvarado Pérez en las escasas ocasiones –nochebuenas, partos– en que dejaban por unos días la enorme y sombreada casa de campo.

El auge de las vacas gordas de los veintes, el crecimiento vertiginoso del capital de Pablo y, años después, la decisión de construir una casa digna de él en el sector de Otoya, la misma casa donde aún vive con Hilda y su doctor.

Pero Orfilia no llegó a ocupar esa casa. Al recordarlo, una sombra cruzaba la mirada vivaz y astuta de don Pablo. El malestar repentino, el largo viaje con Orfilia enferma, la irrupción nocturna y alarmada en la vieja casa de los Pérez, los desvelos atormentados de Brígida, las graves consultas de los médicos, y el diagnóstico final e implacable. Las largas noches en vela junto al lecho, en la alcoba oscurecida, escuchando la respiración inolvidable y entrecortada de la amada agonizante; la noche última, de angustias escalofrientas; el estertor que invadía la madrugada interminable. Y finalmente aquel momento terrible, el más terrible de todos los momentos, cuando la mano enérgica de una Brígida aún hermosa y fuerte, descorrió violentamente los cortinajes, y entró la luz de la mañana a iluminar la alcoba tantos días amortiguada, en cuyo centro reposaba Orfilia, amortajada con un crucifijo de plata sobre las sábanas.

¡Cómo había aborrecido la vieja casa! Pero ahora sentía que, en el fondo, la estaba amando.

Porque la estaba amando, tal vez, la quería suya. Para venderla inmediatamente, para convertirla en instrumento de sus ansias de riqueza, que era lo único que ahora tenía, a más de sus nostalgias. En todo caso, se lo repetía una y otra vez, Eusebio y Brígida vivirían mejor cuando todo terminara. El respetaba su nacimiento y tenía grandeza de alma. De ello nadie podría dudar.

Pero tenía que afrontar el momento en que Eusebio llegara a buscarle, con mirada ofendida, para pedirle humildes cuentas de su proceder, para rogarle que intercediera con Rubén Bonilla, sin poder creer que Pablo Alvarado no dispusiera de los veinticinco mil colones que se necesitaban para que la hipoteca volviera a poder suyo. Y ése era un momento que Pablo temía, porque, enfrentado a su pasado, su pasado, su pasado, no sabría qué responder.

El plan de Rubén estaba en marcha. A los hermanos Pérez Quesada no se les había notificado todavía la demanda judicial, pero Bonilla había obtenido algo que contenía la seguridad de que el negocio saldría tal y como él lo había proyectado, sin peligro de interferencias o de postores intrusos en el remate. Y ese algo era la resolución judicial que fijaba para el remate de la propiedad, una temprana hora matutina del 26 de diciembre, último día hábil antes de los feriados de fin

de año, cuando las actividades de la gente quedaban prácticamente suspendidas, y ningún rival estaría disponible para acudir al remate, fuese por los preparativos para los días siguientes, o por consecuencia de las celebraciones del anterior.

Entonces fue cuando don Pablo decidió desaparecer. No iba, le era imposible, a afrontar la escena con sus cuñados, ni contaba con la energía o decisión para detener el plan de Bonilla. Armó un viaje a Nueva York. Alegó ante sus hijos que se trataba de negocios. Rubén Bonilla le observó con malicia que era un viaje de placer. Don Pablo no quiso responderle que se trataba de una fuga; se lo habría confesado a otro, pero no a Rubén.

Y peor que don Pablo se sintió luego su yerno. Le había prometido a Chebito buscar a Rubén Bonilla para pagarle la deuda, y ahora no sabía qué cara ponerle a su tío político.

Bueno, es que José Eduardo no estaba preparado para lo que sucedió. Llevaba los veinticinco mil completos en billetes relucientes (no era amigo de cheques y desconfiaba de lo que no fuera billete reluciente), y los había colocado silenciosamente sobre el escritorio del abogado.

—¿Qué es eso?

¡Como si no lo supiera! ¡Como si se pudiera confundir la identidad de veinticinco billetes de mil!

—¿Pues qué va a ser? ¿Es que hay mucha gente que te debe esa suma?

—¡Ah!, venís apagar la deuda de don Chebito Pérez...

Allí fue donde José Eduardo León cometió lo que ahora no sabe si fue un grave error o un perspicaz acierto: negó que la plata fuera de Eusebio, y anunció que era suya. Lo cual, claro —tal vez precisamente por ser verdad, que la verdad siempre trae líos—, le obligó a explicarle a Bonilla las razones de su intromisión, el negocio con la compañía petrolera, la opción y todo lo demás.

Bonilla se colocó las dos manos sobre el abdomen y elevó su mirada hasta el cielo raso con una expresión inconfundiblemente angelical. Guardó un calculado silencio, y luego preguntó lo que lógicamente tenía que preguntar:

—¿Y cuánto te pensás ganar en ese negocio?

Cuando Inés se lo preguntó, José Eduardo lo ignoraba. Ahora lo sabía muy bien.

—Cincuenta mil: veinticinco que me da don Eusebio, y veinticinco que me reconoce la compañía. Esta plata que traigo, sale de lo que les toca a don Chebito y a la niña Brígida...

Las manos sobre el abdomen se convirtieron en codos sobre el escritorio. El mentón prominente de Rubén Bonilla quedó depositado sobre sus puños mientras reflexionaba en alta voz:

—Cincuenta mil cáscaras...

Siempre decía “cáscaras”; era un modismo de su juventud que había permanecido con él a lo largo de su progresivo enriquecimiento y engorde. Luego agregó sin cambiar de expresión

–Don Pablo y yo tenemos un negocio preparado sobre esa propiedad. Olvidate del de la compañía y te damos sesenta mil.

–¿Sesenta mil?

–Bueno, creo que por una diferencia de diez mil te olvidarás del recurso de depositarme esa plata y las costas en el juzgado... Don Pablo y yo tenemos la propiedad colocada; en cuanto hagamos el negocio te damos sesenta mil si nos dejás tranquilos y no te metés a suspender el remate.

José Eduardo pensó por un momento en Brígida y Eusebio (todo el mundo pensaba por un momento en Brígida y Eusebio), pero terminó pensando en Mr. Burton, y dijo:

–Acepto.

Era cuestión de decirle a Chebito que Bonilla no aceptaba el pago; pero Chebito podía insistir en que depositaran el dinero en el juzgado de manera que lo mejor era que Chebito no volviera a saber de él.

Se limitó a telefonarle que Bonilla estaba muy difícil, y que más difícil se le estaba haciendo a él conseguir los veinticinco mil pesos para depositárselos al juez porque un negocio que tenía pendiente no terminó a tiempo, y otras majaderías.

–En esta época todo el mundo anda corto de efectivo –le explicó Eusebio a Brígida–. Primero Pablo, ahora José Eduardo. Yo no sé qué podremos hacer.

Y faltaban solo dos semanas para el remate.

Lo único que se le ocurría a Brígida era encender velas y ofrecer promesas de larguísimos rezos y descomunales ayunos a los santos de su confianza.

Hasta que una tarde se envolvió en su viejo rebozo de raso y se fue a buscar a Inesita Alvarado para exponerle la situación en que estaban y que iban a perder la vieja casa. Tal vez Inesita querría ayudarle.

Era insólito para Inés recibir a su alejada tía. Estaba todavía en bata, la cabeza llena de rizos artificiales. La tía le hacía gracia. Le sirvió un café succulento que Brígida aceptó porque los ayunos estaban condicionados al cumplimiento de los ruegos.

–José Eduardo nos iba a ayudar, pero resulta que no tiene el dinero.

Esto fue un aviso para Inés, que conocía algunos pormenores del negocio. Si José Eduardo, que tenía dinero y ella lo sabía, lo estaba negando, sus razones tendría y no era cosa de complicarle sus asuntos.

–Sí, algo me ha dicho de que anda un poco corto; desgraciadamente, como Papá no está, no hemos podido recurrir a él.

–Bueno, mi hijita, está visto que no podrás ayudarnos. Tomá esto para que la Virgen te libre de peligros, y hasta luego.

Le dio a Inés una pequeña medalla de la Virgen del Carmen (seguía fiel a sus viejas devociones y no aceptaba de muy buen grado la infinidad de vírgenes nuevas que habían surgido), y salió de la aparatosa residencia.

Con Hilda tenía más confianza. Pero el doctor no era hombre de dinero, ni por aquella casa circulaban más fondos de don Pablo que los estrictamente necesarios. Hilda sí se preocupó sinceramente:

–Mire, tía Brígida, lo que yo pueda hacer lo haré. Voy a escribirle a Papá inmediatamente. Yo le hablaría a mi hermano, pero usted sabe que estamos disgustados. ¿Por qué no lo busca? Yo creo que debe estar en la oficina... si es que está. Y si necesita mi firma para conseguir la plata en un banco...

–¡Ay, mi hija, es que Chebo y yo estamos llenos de operaciones en los bancos! Y no habría tiempo. Ahora en diciembre todo anda desarreglado.

Otra medalla para Hilda, mientras ésta la subía en su automóvil con el chofer de don Pablo para que la llevara hasta la oficina.

El chofer entró a preguntar por Pablito; Brígida no quería ver la cara de Rubén Bonilla si no era estrictamente necesario. Pero Pablito no había llegado en toda la semana.

–Si quiere– dijo el chofer– podemos ir hasta la casa.

–Es muy lejos.

Pablito vive en una de las fincas de Heredia. El chofer no tuvo que esforzarse mucho en convencer a Brígida.

Brígida no conocía bien a la mujer de Pablito, a “la orillera” como la llamaba Eusebio. Pero le tenía un aprecio lejano, suerte de gratitud por haber aceptado cargar con aquel ahijado suyo tan imposible.

Era una mujer hermosa, limpiamente vulgar, que derrochaba el dinero en disparates, viajes, adornos de mal gusto y muebles todavía peores. Pero que atendía las borracheras cada vez más largas de su esposo con abnegación, como si ése fuera el precio comprensiblemente bajo que pagaba por sus lujos. Además, y Brígida siempre la defendía por ello, era muy buena madre.

Esta vez la encontró de mal genio.

–¡Ay, doña Brígida! Ya yo no sé qué hacer con Pablo; está encerrado hace cuatro días en el cuarto, hecho una desgracia... Y lo peor es que ya los chiquitos se están dando cuenta de lo que sucede. Es que esto ya no es vida... Brígida guardó silencio.

No era cosa de mencionar el asunto que la traía, ni de sacar una tercera medalla de la Virgen del Carmen. Pero ella siempre tenía a mano algunos lugares comunes de buen consuelo.

–Esa es la cruz que Dios le ha mandado... Usted es fuerte y buena.

La mujer sonrió; la tía solterona de Pablo siempre le había hecho gracia, aunque nunca se hubiera esforzado por comprenderla; para ella la familia de su marido era necesariamente una cosa distinta de la que tenía ante sus ojos todos los días.

–Usted siempre tan buena –acertó a decir–, pero la verdad es que ya yo no aguanto. Será su sobrino, pero me está haciendo la vida insoportable.

Yo no me casé para curar jumás. En mi casa éramos pobres, pero nunca nadie dio estos espectáculos.

–Resignación –recomendó Brígida–; es lo único que cabe en estos casos.

Y luego agregó:

–Tenga resignación, y no me deje abandonado a Pablito, que es un enfermo.

La mujer sonrió de nuevo; Brígida la desarmaba. Esta segunda sonrisa la impulsó a sacar la medalla, y a salir de la inmensa casa de Pablito convencida de que, aunque hubiera fracasado, había por lo menos cumplido algo así como una obra de misericordia.

Eusebio también andaba buscando el dinero. En los bancos, como suponía, fue imposible, y más imposible aún a tan corto plazo. Y Eusebio no se atrevía a buscar prestamistas de interés alto, porque sabía que eso no era más que posponer el desastre.

Fue una semana de tocar a todas las puertas. Eusebio terminó por resignarse. No así Brígida, que siguió visitando, con su pasito menudo, su rebozo de raso y su vocecita cálida e inocente, a todas sus recordables amistades de antaño: la esposa del Ministro que estaba apurada con una deuda de juego; la viuda llena de bonos que acababa de sobregirar su renta anual en una excursión a Europa; la presidenta de su cofradía preferida que no sabía qué hacer con los bajos, siempre bajos precios del café; su prima, la casada con el alemán, a quien todo se le iba en pagar impuestos. En todas partes le dieron muy buen té, le hicieron excelentes recuerdos, se interesaron en extremo por su salud.

Le dolían los pies pero estaba decidida a no pagar taxis, y jadeante se presentó una mañana en la antesala del gerente del Instituto Nacional de Previsión.

La secretaria de Walter Jiménez era una buena moza, bien peinada, maquillada según instrucciones de una experta enviada por los fabricantes de los cosméticos, que miraba provocativamente a todo el mundo, y que no aceptaba invitación de ninguno de los importantes señores que se las insinuaban.

Sabía que cada vez que un señor le preguntaba: “¿Don Walter Jiménez, por favor?”, detrás venía el piropo, bien acogido por ella con sonrisa de aviso de contratapa de revista cara.

Pero esta viejecita linda de rebozo parecía cosa diferente. Se le antojó humilde al verla entrar, pero fue imperiosa cuando preguntó:

–¿Aquí es donde trabaja Walter Jiménez?

La secretaria se quedó mirándola. Al INP venía mucha gente en demanda de ayuda, a inscribirse en los programas de auxilio. Pero generalmente no venían a preguntar directamente por don Walter, y esta señora no tenía cara de venir a solicitar ayudas de esa clase.

–Don Walter está ocupado.

Decididamente, la señora no se inmutaba.

–Pues me le va a decir que es Brígida Pérez, y verá como se desocupa.

Con expresión de “darle gusto para que se convenza”, la secretaria pasó el recado por el intercomunicador; y no había acabado de apagarse su voz, cuando se abrió la insolente puerta de la gerencia, y Walter Jiménez invitó desde ella

–Pase, pase, doña Brígida. ¡Qué gusto me da el verla!

Brígida entró en el despacho mullido y refrescante. (¡Qué cosa, el hijo de Trina!).

Se acomodó en un larguísimo sofá, pensando que no sabía exactamente a qué venía; tal vez sólo a contarle a Walter lo que estaba ocurriendo.

–Dígame una cosa, Walter, ¿usted está interesado de veras en nuestra propiedad?

Walter titubeó un poco, pero finalmente asintió. La verdad es que tenía un poco olvidados el asunto, sus conversaciones con Rubén Bonilla, la visita a “La República”, y la necesidad vaga, que el día de la visita sintió, de tomar alguna determinación.

–Pues si le interesa, dése ligero porque me la están rematando.

Brígida sacó de su gran bolso de charol negro el recorte del Boletín Judicial que la había acompañado en sus agotadoras correrías de la última semana.

Ya estaba un poco ajado, a pesar de que Brígida lo aplanchaba cuidadosamente cada vez que iba a salir. Walter lo leyó atentamente.

–¡Ajá! Se trata del licenciado Rubén Bonilla. Y el remate es para el 26...

–¿Usted lo conoce?

–¿No se acuerda? La tarde que tuve el gusto de visitarla le pregunté por él...

–¿Y qué relación tiene con usted, si se puede saber?

–Él fue quien me ofreció vendernos la propiedad de ustedes...

Brígida decidió que Walter era parte de la conspiración, y que no iba a ponerse a rogarle al hijo de Trina.

Entonces se levantó intempestivamente.

–Es tarde, Walter, y usted tiene mucho qué hacer.

No dijo una palabra más. Walter la acompañó hasta la calle. En un principio, cuando Rubén Bonilla le planteó el asunto, lo había visto con indiferencia.

Pero doña Brígida –aquella señora imponente de su infancia– se le presentaba ahora como una especie de conmovedora ruina. Desde el día de la visita había sentido la necesidad de tomar una decisión. Y cuando regresó a su escritorio, después de dejar a la niña Brígida en la acera, ya sabía cuál decisión tenía que tomar, y ya la había tomado.

Fue el propio juez que tramitaba el remate, quien llamó a Rubén Bonilla.

–Licenciado, ¿ya vio La Gaceta?

No, Rubén no la había visto. Pues debía verla, aconsejó el juez con la seguridad de que Rubén le agradecería el consejo, que tenía su dosis de sadismo.

Allí estaba, claramente impreso, para que Rubén lo viera, el Decreto Ejecutivo “El Presidente de la República y el Ministro... decretan: Por motivo de utilidad pública, expropiase la finca número 21838 del Partido de San José... propiedad de Eusebio y Brígida Pérez Quesada, que se destinará a necesidades del Instituto Nacional de Previsión. El Instituto reservará del precio la suma necesaria para cancelar el gravamen que pesa...”

–¡Este gran carajo de Walter Jiménez!

Sobre la mesa del comedor de los Pérez Quesada reposaban los paquetes de papel de estraza que Eusebio le había ayudado a confeccionar. Jabones de olor, rosarios, misales, aguas de colonia, las pequeñas cosas que año tras año enviaba Brígida a sus amigas y sobrinos, y que luego, o pasaban a los armarios de las cosas inútiles, o bien servían para sacar de apuros a los favorecidos en los cumpleaños de los parientes pobres.

Noche a noche, cuando se acercaban las navidades, los dos hermanos se dedicaban a envolver los mínimos regalos. El gasto no era mucho; Brígida aprovechaba, para buena parte de ellos, lo que ella misma recibía en oportunidades similares.

Ahora, el problema era encontrar dónde vivir. No se irían muy lejos, por supuesto. Pero tendrían dinero suficiente para comprar una casa pequeña y nueva. Cerca de alguna iglesia tendría que ser, y a Brígida le gustaría, si se pudiera, Santa Teresita. Habría de estar en un barrio de gente respetable. Eusebio tenía muy bien hechos los cálculos de lo que se podría gastar en comprar una casa, y de lo que les quedaría para invertir juiciosamente en hipotecas o bonos. Los peritos que vinieron a valorar la propiedad se quedaron asombrados de su tamaño. La casa, con toda seguridad, desaparecería, pero ellos no estarían presentes en el instante en que se iniciara la demolición.

–“La República” –comentó Brígida– no pasará a manos ni de José Eduardo ni del licenciado.

–No digás del licenciado –dijo Eusebio acremente–; yo creo, y que Dios me perdone el mal pensamiento, que no iba a pasar a manos tuyas sino de nuestro queridísimo cuñado.

Eusebio había sondeado a los peritos respecto a la suma que José Eduardo consignó en la ahora inútil opción.

–¡Qué va, don Eusebio! Esta propiedad vale muchísimo más...

En estas noches de diciembre, en que silbaban los vientos y se colaban hasta el comedor, a Eusebio le daba por fumarse uno o dos cigarrillos. Mientras encendía el primero, le hizo una reflexión a Brígida

–¿Sabés una cosa? Yo creo que vamos a terminar por ser ricos...

–¿Y sabés vos otra? Yo creo que esta Nochebuena debíamos mandarle un buen regalo al hijo de Trina

...Desde chiquillo se quedaba admirando el reloj de bomba... el de la abuela... ¿qué te parece?

Se irían, pues, de la casa, sin el antiguo reloj. Eusebio estaba seguro de que no tendrían problemas, de que el dinero abundaría, de que nunca más se preocuparían de cómo vivir.

El problema no era ahora cómo, sino dónde vivir. Cuestión de no precipitarse, de escoger con cuidado, de que no les engañaran en el negocio. Habría que buscar un comisionista honorable que les encontrara la casa que necesitaban y no quisiera aprovecharse.

También cuestión, apunto Brígida, de empacar bien las cosas, de que no se quebrara nada.

–Todo eso se arregla– dijo Eusebio mientras colocaba una cinta engomada para cerrar el paquete que contenía una dulzaina para alguno de los niños de Pablito–; todo eso se arregla. El problema es dónde... el problema es dónde... Ese es el único problema, y entre más lo analizo, menos le encuentro solución. Nos han asegurado el futuro, es cierto, pero nos han desubicado.

Hizo una pausa.

–¿Sabés una cosa, Brígida? Me va a doler irme de esta casa. A lo mejor el día que salgamos de aquí voy a llorar...

–Eso qué importa; ya yo me he echado mis lloradas– dijo Brígida.

Y siguió confeccionando paquetes sin parar más mientes en su hermano, mientras Eusebio se quedó largo rato contemplando una de las naturalezas muertas que colgaban de la pared, cuyas liebres y perdices habían terminado por perder el color y, en consecuencia, por no estimular el apetito.

UNA CASA EN EL BARRIO DEL CARMEN  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

**-FIN-**





Imprenta Nacional  
Editorial Digital

[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA